

# Manuel Tello

## UN DISCURSO CONTEMPORANEO

Grandes eran todavía la popularidad interna y el prestigio internacional de Napoleón III nueve años después del golpe de Estado del 2 de noviembre de 1851 que inútilmente trató de hacer abortar un reducido grupo de legisladores franceses, entre los cuales se encontraban Victor Hugo y Julio Favre. El apoyo desganado que recibieron de los obreros de París y el tardío de los republicanos de provincia —que el príncipe de las letras francesas no puede menos que reconocer en su libro *Historia de un crimen*— fue ineficaz ante la maniobra cronométricamente planeada por el Presidente Luis Napoleón con el apoyo del Ejército y el concurso de ese hombre frío, calculador, inteligente y ambicioso, en ocasiones impertinente con los miembros de la mayoría y estudiadamente cortés con los de la minoría —el Duque de Morny— que siendo su medio hermano fue Presidente del Cuerpo Legislativo prácticamente hasta su muerte, acaecida el 8 de mayo de 1865.

De los 5 434 226 votos que obtuvo Napoleón en las elecciones del 10 de diciembre de 1848, contra 1 498 000 que recogió Cabagnac y 7 910 que logró Lamartine, pasó a cerca de 8 000 000 en el plebiscito de 20 de noviembre de 1852 convocado por el Senado y en cuya virtud se restableció la monarquía en Francia y el príncipe-presidente fue proclamado Emperador con el nombre de Napoleón III.

Durante los años subsecuentes, Francia pasó por un periodo de incuestionable prosperidad económica. Las obras públicas se multiplicaron a simple vista. Se construyeron ferrocarriles y carreteras, se desarrollaron las industrias del carbón, del fierro y del gas, se estimuló la creación de ciudades obreras y se multiplicaron las obras de beneficencia. Las ciudades se embellecieron y la actual fisonomía de París se debe, en gran parte, al plan trazado por el Barón Haussmann, Prefecto del Sena.

La exposición universal de 1855 permitió comprobar los enormes adelantos materiales realizados en Francia.

En el terreno internacional, la guerra de Crimea, terminada gloriosamente para Francia, y la victoria de Solferino que culminó en los preliminares de Villafranca y en el tratado de Turín lo convirtieron en el árbitro de Europa. Se le consideraba (y esto le fue echado en cara con motivo de su intervención en México) el campeón de las nacionalidades, o como diríamos ahora, del derecho de autodeterminación de los pueblos.

Debido al sistema de presentar listas de candidatos oficiales —quienes, naturalmente, gozaban de todo el apoyo de la maquinaria oficial— la oposición dentro del Cuerpo Legislativo era prácticamente nula; pero ésta existía pues los franceses, a través de su historia, se han rebelado en contra de las dictaduras. Aun cuando la libertad de prensa no existía, se publicaban, más o menos clandestinamente, periódicos opositorios y circulaban de mano en mano los procedentes del exterior con artículos firmados por Victor Hugo, quien se negó a acogerse a la amnistía decretada por Napoleón III a mediados de 1860.

Convencido de que no corría el menor riesgo dio un paso más con el decreto del 24 de noviembre de 1860 en cuya virtud el Senado y el Cuerpo Legislativo podrían cada año, mediante un mensaje libremente discutido en respuesta al discurso del Trono, examinar y apreciar la política del gobierno, en la inteligencia de que los debates parlamentarios serían reproducidos en *El Monitor Universal*, diario oficial verdaderamente *sui generis* pues no sólo insertaba los decretos y los debates del Senado y del Cuerpo Legislativo sino que contenía también noticias internas y externas, crónicas musicales, teatrales y literarias, el indispensable folletín y anuncios de librerías, almacenes de ropa, hoteles, costureros y modistos y de quién sabe cuántos establecimientos más.

Si el decreto de 24 de noviembre no implicaba ninguna amenaza para Napoleón III, fue de todos modos una concesión que tuvo la virtud de que se conocieran y difundieran los discursos de la oposición y, más concretamente, los de los miembros de la oposición republicana que vulgarmente eran conocidos con el nombre de los *cinco* pues a esta cifra ascendían los que la integraban. Los franceses volvieron a apasionarse por la política y los mexicanos de aquel tiempo pudieron comprobar que aun en el recinto parlamentario de Francia se elevaban voces estimulantes para México.

Con estos antecedentes (expuestos someramente) veamos ahora cómo se iniciaron y desarrollaron las actividades del Cuerpo Legislativo durante la intervención francesa.

El 17 de enero de 1862 Napoleón III pronunció el discurso con que, de hecho, se inauguraba, como cada año, el periodo de sesiones del Senado y del Cuerpo Legislativo. En ese discurso figuran los siguientes párrafos:

“Los anamitas resisten débilmente a nuestra dominación y no nos encontraríamos en lucha contra nadie si, en México, los procedimientos de un gobierno sin escrúpulos no nos hubieran obligado a unirnos con España e Inglaterra para proteger a nuestros nacionales y reprimir atentados contra la humanidad y el derecho de gentes.

“De este conflicto nada puede surgir que sea de naturaleza a alterar la confianza en el porvenir.”

Como consecuencia del procedimiento adoptado, el Cuerpo Legislativo, en plena actividad, nombró una comisión para que preparara el proyecto de respuesta que le sería sometido. Esto dio origen a que, el 13 de marzo de 1862, se escucharan los dos primeros discursos en contra de la intervención francesa que apenas se iniciaba. Es interesante notar que fue un miembro de la mayoría —Aquilés Jubinal— quien con palabras que a las claras denotan sus aficiones literarias (había escrito libros sobre trovadores, juglares, romances, canciones de gesta, tapicerías históricas, etc.) pronunció el discurso en el que figuran los párrafos que me parece útil insertar:

“No sé con qué título iríamos a atacar sin razón absoluta, —si lo que se dice es cierto— a un pobre y pequeño pueblo que



se halla más allá de los mares. No quiero entrar y no entraré en los detalles de las divisiones que han desgarrado a México y lo desgarran todavía. No mostraré el partido liberal luchando contra algunas castas de privilegiados que, teniendo la riqueza en sus manos, se sirven de ella para impulsar al ejército a que lleve a cabo *pronunciamientos* (*sic* en el original) cada vez que un gobierno liberal asciende al poder. Estamos demasiado lejos para hablar con provecho, sobre ese juego terrible de los partidos. Sin embargo, el gobierno actual es un gobierno regular. Desde que Juárez sucedió a Miramón, Juárez es el jefe incontestable; ningún ciudadano protesta, no hay sublevaciones; démosle tiempo de organizarse y, si no se trata entre él y ustedes de cuestiones de alta política, démosle tiempo de pagar.”

“En resumen, para concluir y por lo que a mí respecta, no desearía que la opinión pública en Francia fuese extraviada por informes inexactos; y confío en que, mejor esclarecida irá en ayuda y apoyo de una nacionalidad joven que trata de constituirse, y quiere hacerlo a su manera, *motu proprio* y en la forma que le convenga. Espero sobre todo que Francia no dejará de sentir por México la simpatía de la que se encuentra animada hacia todos los pueblos que gravitan hacia el progreso; espero que no renegará de ninguno de sus principios y que, sobre todo, reconocerá que lo que sucede en México es como un eco lejano de los principios que fundaron su gran nacionalidad, un eco de los principios del 89.”

Después del discurso de Jubinal tomó la palabra Julio Favre. Lo hizo improvisando desde su escaño pues no se instaló una tribuna sino algunos años después. Como todos los suyos fue una magnífica pieza oratoria. Con lógica implacable y estilo apasionado analizó la situación y predijo que la intervención y el establecimiento —que ya se venía rumorando— de un imperio en México estaban irremediabilmente condenados al fracaso. Desde ese momento Favre tomó la palabra para condenar la intervención francesa. Lo hizo en las dos únicas ocasiones en que, cada año, de acuerdo con el reglamento del Cuerpo Legislativo, podía hacerlo: cuando se discutía el mensaje, en respuesta al discurso del Trono, y cuando había necesidad de aprobar los presupuestos de egresos o de otorgar créditos suplementarios para cubrir los déficit ocasionados por diversos motivos, entre ellos, por los de la intervención francesa.

De los once discursos que pronunció he seleccionado el del 10 de julio de 1867 por dos razones: primera porque —días más o días menos— lo hace precisamente un siglo antes de que aparezca la *Revista de la Universidad de México* para la que escribo estas líneas; en segundo lugar porque casi cierra el ciclo de las voces favorables a México dentro del Cuerpo Legislativo de Francia y que, como sucedió con la arenga de Victor Hugo, tuvieron el privilegio de confirmar, en nuestra opinión pública ilustrada, que no era Francia la que nos hacía la guerra. Tan es así, que José María Iglesias en su *Revista Histórica* sobre la

Intervención Francesa en México correspondiente al 22 de abril de 1863 escribía:

“Honor a los cinco diputados que en la cuestión de México han defendido los derechos de esta pobre república, atacados con felonía por el hombre del 2 de diciembre. Honor a los cinco diputados pertenecientes al número, demasiado corto por desgracia, de esos seres privilegiados, que han hambre y sed de justicia, que anteponen a toda consideración el cumplimiento del deber.”

También hicieron mella en la opinión pública de Francia los discursos que, en el mismo sentido, pronunciaron Ernesto Picard, Adolfo Thiers, Pedro Antonio Berryer, Adolfo Gueroult y Alejandro Glais-Bizoin y las enmiendas presentadas por los cinco legisladores cuya cabeza visible fue, al principio, Émile Olliver quien, en su libro *La expedición de México*, dice que “Juárez era un hombre de Plutarco de quien cualquier nación podría enorgullecerse”. Pero no sólo durante la intervención hubo el sentimiento de que no era Francia la que nos hacía la guerra, aun cuando en esos momentos era difícil distinguir entre ella y Napoleón III, sino que posteriormente el mismo Juárez, en una carta que escribió desde Cuernavaca el 18 de diciembre de 1870\* y en la que, refiriéndose a un mensaje del Comité Republicano de los Dos Mundos decía: “Este mensaje, dictado por la más cordial simpatía, y que tuve el honor de ser uno de los primeros en firmar, está destinado en la mente de sus autores, no solamente a llevar al infortunado pueblo francés la expresión de nuestros votos y de nuestra admiración sino también, y sobre todo, a no dejar subsistir en su espíritu ninguna duda sobre los sentimientos fraternales que animan a todos los verdaderos mexicanos hacia la noble nación para la cual tiene tantas obligaciones la causa de la libertad...”

Precisamente para rendir un homenaje a Juárez, en el centenario del triunfo de la República, y para robustecer la amistad que liga a México y a Francia, hice la recopilación de los discursos favorables a México que fueron pronunciados en el Cuerpo Legislativo de Francia de 1862 a 1867 y que saldrá a la luz en estos días, dentro de la labor editorial del Senado de la República.

De todos esos discursos iniciados —como ya lo he dicho— por el de Jubinal y concluidos por el que pronunció Ernesto Picard, el 24 de julio de 1867, mis preferencias van a los de Favre. No tienen la violencia de los de Glais-Bizoin ni la frialdad analítica y el tono un poco jactancioso de los de Thiers para quien las luchas intestinas —él mismo lo dice— son inadmisibles. Inclusive, por lo tanto, las de México.

Favre se revela en sus discursos como un gran estadista. Algunos de ellos bien podrían traerse a colación al examinar la

\* La carta fue publicada el 18 de febrero de 1871 en la primera página del diario *Le Rappel*, del que he hecho la traducción al español.

presente situación internacional que, no obstante el compromiso que contrajimos al firmar la Carta de las Naciones Unidas de "practicar la tolerancia y convivir como buenos vecinos", pasará a la historia como rotunda contradicción de esa sabia norma del derecho de gentes.

Y es en los principios más elevados y permanentes del derecho internacional en los que Favre basa la parte doctrinaria de sus discursos como lo hace, por ejemplo, el 13 de marzo de 1862 cuando analiza el párrafo de la obra magistral de Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, relativo al derecho de la guerra.

De él bien puede decirse lo que Ignacio M. Altamirano dijo de Thiers en la velada que, en su memoria, se celebró el 24 de octubre de 1877, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la que era socio honorario: "Y es que Adolfo Thiers tiene títulos incontestables al amor de sus conciudadanos, a la admiración del mundo civilizado y a la profunda simpatía de México."

El discurso que pronunció el 6 de febrero de 1863 recibió una gran difusión en México y fue publicado en un folleto impreso por Vicente García Torres y mereció este comentario de F. M. de Olaguibel: "Gloria a México y gloria a Francia por tal defensor y representante."

Hijo de una familia de comerciantes, Favre nació en Lyon el 31 de marzo de 1809. Después de terminados sus estudios de derecho en París, ejerció su profesión tanto en la capital de Francia como en su ciudad natal, distinguiéndose por sus opiniones republicanas y por su talento como orador. Fue una de las figuras más destacadas en las asambleas constituyentes y legislativas y, como ya lo he dicho, trató de organizar la resistencia al golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851.

Elegido en 1858 por uno de los distritos o cuarteles del Departamento del Sena fue uno de los cinco republicanos que constituían la oposición dentro del Cuerpo Legislativo. Fue el defensor de Félix Orsini cuando éste y otros políticos italianos lanzaron una bomba contra la carroza del Emperador en el momento en que llegaba a la Ópera. Napoleón resultó ileso pero hubo 156 víctimas entre muertos y heridos. Favre hizo una brillante defensa de Orsini, pero aunque éste fue condenado a la pena capital, los diversos factores que se movieron en torno de este asunto, contribuyeron a reforzar en Francia y en Italia la causa de la unidad italiana.

Trató en vano de que el Cuerpo Legislativo votara una moción, en la noche del 3 al 4 de septiembre de 1870, destituyendo a Napoleón III, quien la víspera había sido hecho prisionero en Sedan, en la guerra franco-prusiana.

Firme sostenedor del gobierno de la Defensa Nacional, del que fue Ministro de Negocios Extranjeros, se vio en la dolorosa necesidad de ser actor en la capitulación de París y de firmar en Versalles, el 28 de enero de 1871, el armisticio.

Con su renuncia del 2 de agosto de 1871 se retiró a la vida privada, muriendo en Versalles en 1880.

